

seos de retirarse, hubiera querido volver á hablar acerca de este punto, pero el rey no accedió á ello y no tuvo más remedio que considerar como definitiva la dimisión que había ofrecido por pura fórmula. Salió del gabinete del rey muy descontento por dejar en él su cartera y fué conducido por Mr. de Blacas y Mr. de Vitrolles hasta las puertas de las Tullerías haciendo siempre protestas de lealtad. En las puertas de palacio encontró una muchedumbre azorada que gritaba *¡Viva el rey!* desde el momento en que veía entrar ó salir á algún gran personaje, y que no dejó de repetir este grito al divisar al mariscal. Él respondió agitando su sombrero con plumas blancas y gritando también *¡Viva el rey!* Después entró en su coche y volvió á las oficinas de la Guerra, despedido después de haber sido ministro tres meses, acusado de traición por los mismos á quienes había sacrificado su pasado, comprometido á los ojos de Napoleón, á quien había injuriado en su última proclama, y considerándose dichoso si sólo hubiese estado comprometido con este último, porque entonces no hubiera caído sobre él la inmensa responsabilidad de mayor general en la funesta jornada de Waterloo.

Con Mr. de André se emplearon menos rodeos. Era un amigo fiel, por más que algunos maniáticos lo dudasen, y se le hizo firmar su dimisión, alegando simplemente que debía firmarla en interés del servicio del rey.

Tomadas estas resoluciones el 11 de marzo, era necesario ocuparse en reemplazar á estos dos funcionarios, y aquella ocasión era la más oportuna para seguir los sabios consejos de Mr. Lainé y dar una satisfacción á la opinión pública. Pero Mr. de Montesquiou, intermediario de Mr. Lainé, no era considerado, desde el instante en que empezó á decir que sería necesario dispensar concesiones, más que como un hombre sin ánimo, de escaso mérito, y apenas se prestaba atención á sus palabras. A medida que el peligro aumentaba, los realistas exaltados adquirían más ascendiente, y no queriendo confesar que su principal culpa era la de haberse enajenado la opinión pública, imaginaron que lo único que podía salvarlos era el concurso de personas que poseyeran la infernal habilidad que reconocían en Napoleón, sin dejar por esto de poner en duda su genio, y se hallaban dispuestos á buscarlas por todas partes. A su lado tenían á un antiguo ministro de la Guerra que durante diez años había recibido, transmitido y hecho ejecutar las órdenes imperiales, y que después de regresar de Blois no había cesado de manifestar á la corte su adhesión; este personaje era el general Clarke, duque de Feltre. Hasta entonces se había aceptado su humildad, pero no sus servicios, y se resolvió utilizarlos, porque él mejor que ningún otro debía saber el medio de combatir á Napoleón con actos semejantes á los suyos. Le llamaron, y se mostró tan satisfecho con la oferta que le hacían, que hasta parecía olvidar el peligro. Toda vez que no se negaba á comprometerse en una situación tan crítica, podían contar con su fidelidad, y fué enviado acto continuo al ministerio de la Guerra para reemplazar en él al mariscal Soult sin perder un instante.

Puesto que no se trataba de conquistar la opinión pública y sólo se quería ver en lo que pasaba una lucha en la que alcanzaría la victoria el más hábil en el género de habilidad atribuida á Napoleón, aquel era el caso de pensar en Mr. de Fouché para confiarle el ministerio de

la Policía. Se le había hecho esperar tanto este destino sin jamás conferírsele que, como ya hemos dicho, habían concluido por disgustarle. Habían vuelto á reanudarse con él las relaciones frecuentemente interrumpidas, y á las proposiciones que le hicieron contestó, afectando como antes un gran respeto hacia los Borbones, que nada podía aceptar, y que en el punto adonde las cosas habían llegado era imposible evitar una gran crisis. No pudiendo contar con este hábil director de policía, descendieron muchísimo para buscar un substituto á Mr. de André y tuvieron que perder en importancia, talento, reputación, compensando lo que respecto de estas cualidades faltaba al nuevo candidato con el inmenso odio que profesaba á Napoleón. Eligieron á Mr. de Bourrienne, quien habiendo perdido desde hacía mucho tiempo la confianza imperial tuvo que resignarse á ser director de correos; y le pusieron al frente de la policía, no como ministro, porque era imposible conferirle este título, sino como director general, en la seguridad de que conocería, odiaría y perseguiría sin piedad á los hombres del imperio, no teniendo por su parte con ellos ni trato ni connivencia en sus empresas.

Estos dos cambios, cuya manera de llevarse á cabo hemos descrito, eran una singular manera de responder á los consejos de Mr. Lainé y Mr. de Montesquiou, que no cesaban de pedir con instancia que se separase á cuatro ministros, reemplazándolos con personajes respetables y populares. Pero la exasperación crecía con el peligro y la ceguedad con la exasperación. Se creía que la salvación no estribaba en inspirar confianza á la opinión, sino en desplegar una profunda astucia y que el más hábil intrigante, por poco estimable que fuese, era el único salvador á quien debían recurrir; triste ceguedad que atestiguaba, no la perversidad de los Borbones ó de los emigrados, que en su mayor parte eran gentes honradas, sino la perversidad del espíritu de partido siempre proporcional á su falta de luces.

Los cambios de personas tuvieron lugar en los días 11 y 12 de marzo, y un triunfo parcial conseguido en los primeros momentos, hizo brillar una esperanza pasajera. Con efecto, los generales Lallemand, Lefebvre Desnoettes y de Erlón se dirigieron, como hemos dicho, hacia el Norte á fin de poner en ejecución su inútil é imprudente tentativa.

Lefebvre-Desnoettes, después de haberse puesto de acuerdo con el conde de Erlón, quien debía conducir la infantería desde Lille á Compiègne, y con los hermanos Lallemand que debían conducir desde el departamento del Aisne á la Fere todas las tropas de todas armas que pudieran reunir, salió el 9 de marzo por la mañana de Cambray con los cazadores reales (antiguos cazadores de la caballería de la guardia), ordenando á los coraceros reales (antiguos granaderos de á caballo) que acudiesen á su encuentro. Los cazadores de caballería, acostumbrados á obedecer ciegamente al general que durante diez años los había guiado en todos los campos de batalla, le siguieron como de costumbre, y el 10 de marzo por la mañana llegaron á La Fere, cuyas puertas estaban abiertas y no podían cerrarse para las tropas francesas. Los hermanos Lallemand acudiendo por su parte habían tratado de sublevar al regimiento de artillería que residía en La Fere, diciendo que en París se había operado una revolución en favor del im-

perio, que los Borbones estaban destronados y prisioneros y que era necesario ponerse en movimiento para prestar auxilio á Napoleón. El regimiento de artillería no hubiera deseado más que escuchar á los hermanos Lallemand y seguirlos, pero el general de Aboville, que se encontraba á su lado, firme observador de sus deberes, se opuso á ello, y los hermanos Lallemand, temiendo perder tiempo, partieron á Compiègne con Lefebvre Desnoettes, esperando encontrar allí á los granaderos de á caballo y sobre todo á la infantería de Lille, conducida por el conde de Erlón. Al llegar á Compiègne al frente de los antiguos cazadores de la guardia, que componían un millar de jinetes escogidos, Lefebvre Desnoettes y los hermanos Lallemand trataron de sublevar al 6.º de cazadores, cuyos oficiales titubearon y acabaron por oponerse. Mientras que las tentativas para seducir á este regimiento fracasaban les fué preciso esperar al conde de Erlón, que no se presentaba en el lugar de la cita. Este último, en el momento de instigar á su infantería, había sido sorprendido y completamente paralizado por la llegada del mariscal Mortier procedente de París. El mariscal le había dicho que estuviese tranquilo, que dejase á las revoluciones verificarse sin comprometerse, aconsejándole al mismo tiempo que por el pronto se escondiese para no ser objeto de cualquier acto de severidad. El conde de Erlón se vió en la imposibilidad de obrar y obligado á ocultarse para evitar las consecuencias de su insurrección.

Esta noticia consternó á los generales Lallemand y Lefebvre-Desnoettes, quienes comprendieron demasiado tarde que en aquellas circunstancias tan graves en las que las almas flotaban entre el deber y la pasión, las agravaría en vez de mejorarlas cualquiera que, no siendo Napoleón, tratase de decidir la lucha de los ánimos. En vista de esto se hallaban sin saber qué partido tomar, cuando el segundo comandante Lyon, viéndolos indecisos, les preguntó vivamente obligándoles á decir lo que pensaban hacer de los cuerpos que habían comprometido. Entonces le confesaron todos sus proyectos y le propusieron dirigirse por el camino de Lyon, única resolución que podían tomar. El comandante Lyon, asustado de esta empresa, se negó á llevarla á cabo, y los sacó en cierto modo del apuro en que se hallaban encargándose del mando de las tropas para dejarles tiempo de ponerse en salvo. Acto continuo envió á París en nombre de los cazadores un acta de sumisión y de arrepentimiento, fundada en la ignorancia en que habían estado de las intenciones de los generales que habían tratado de extraviarlos.

Bien se necesitaba la noticia de esta tentativa impotente, divulgada en París el 12 de marzo, para contrarrestar el efecto producido por las desastrosas noticias de Grenoble y de Lyon. Los partidos no se resignan á desesperar de su salvación más que en el último extremo, y si una esperanza imprevista brilla un instante ante sus ojos, se adhieren á ella como los moribundos á la vida cuando parece que no los abandona todavía. La esperanza era aquella vez suficiente para engañar á las inteligencias más ilustradas, porque aun cuando las tropas fieles sólo se hubiesen resistido á seguir á unos imprudentes y no á Napoleón, podía sacarse en consecuencia, haciéndose alguna ilusión, que hallándose á las órdenes de jefes enérgicos resistirían aún al mismo Napoleón.

Los informes que se recibían del Franco-Condado, y en particular del estado mayor del mariscal Ney (todavía se ignoraba su deserción), eran también favorables. Los oficiales realistas que rodeaban al mariscal ofrecían las pruebas más satisfactorias de su conducta. El mariscal Oudinot, que por su parte se había dirigido á Metz, afirmaba haber hallado los más excelentes sentimientos en la antigua guardia imperial de infantería. Con todo esto se formó una colección de noticias tranquilizadoras que creyeron haciéndolas creer. Se dijo que desde Canas á Lyon había Bonaparte cogido de improviso á todo el mundo, que no había encontrado nada dispuesto para su resistencia, y que había triunfado, como tantas veces en su vida, sorprendiendo á sus enemigos y asombrándolos. Pero desde Lyon, añadían, hallará en todas partes una resistencia enérgica é invencible. Por un lado iba á atacarle el mariscal Ney, y no conseguiría vencer al bravo de los bravos. El mariscal Oudinot saldría de Metz para atacarle por la retaguardia; y por último las fuerzas reunidas en París y en sus cercanías formarían un ejército de cuarenta mil hombres, que el duque de Berry mandaría en persona, teniendo por jefe de su estado mayor al mariscal Macdonald; siendo imposible que ninguno dejase de cumplir su deber en presencia del príncipe y del respetable mariscal que debía secundarle. Por entonces la cuestión estribaba en el primer disparo, creyendo todos que este sería el remedio decisivo que salvaría á la monarquía, porque una vez producido el conflicto, las tropas, decían, se verían obligadas á batirse. Ahora bien: en París tenían seguridad de que no faltaría quien disparase el primer tiro, porque contaban con la servidumbre del rey, compuesta de cinco mil valientes, todos sumamente adictos y de los que no podía dudarse que dejasen de hacer fuego. Así, pues, se lisonjearon de contar con treinta ó cuarenta mil hombres por lo menos, mientras que Napoleón sólo podía oponerles ocho ó diez mil, y por más hábil general que fuese, nada podría con semejante desproporción de fuerzas.

Estas razones eran especiosas y el espíritu de partido se paga con frecuencia de otras menos aceptables. Se nombró, pues, al duque de Berry comandante del ejército de París destinado á acampar delante de Villejuif; se le dió por mayor general al mariscal Macdonald, que acababa de hacer en Lyon prodigios de fidelidad y de valor; se encargó al duque de Orleans que se dirigiese al Norte para formar allí un ejército de reserva con las tropas que habían mostrado últimamente tan buenas disposiciones, reunir las en Amiéns ó en San Quintín, después de haberlas provisto del material necesario, conducir las á París para formar á la izquierda del duque de Berry y combatir á su lado. Se envió al mariscal Oudinot la orden de poner en movimiento á la infantería de la antigua guardia si aún contaba con ella, encargándole que avanzase para poder atravesar el camino de Lyon á París y que ofreciese el grado de oficial á todo soldado que hiciese fuego.

Al mismo tiempo se abrieron registros en París para el alistamiento de los voluntarios. Todos los días se paseaban por las calles de la capital los realistas ardientes, enarbolando banderas blancas y gritando: *¡A las armas!*, contra el usurpador, el tirano que iba á atraer sobre la Francia el doble azote del despotismo y de la

guerra. Aun cuando estas demostraciones no produjesen en la población un efecto bien marcado, sin embargo la juventud liberal, dominada por la influencia del periódico *El Censor*, que se publicaba en forma de libro para evadirse de la censura y procuraba demostrar todos los peligros de la vuelta de Napoleón, la juventud liberal, decimos, sin ser apasionada de los Borbones los prefería con mucho á Napoleón, y estaba pronta á sostener su preferencia con las armas en la mano. Así es que los estudiantes de leyes se inscribieron como voluntarios en número crecido. Se esperaba que la milicia nacional, deseosa de paz como la juventud de las universidades de libertad, prestaría su apoyo á la causa de la monarquía con el mismo celo; y en aquellos momentos se esforzaban en animarse los unos á los otros, tratando de desterrar el abatimiento producido por las noticias de Grenoble y de Lyon.

Con el fin de propagar estos sentimientos con el eco de la tribuna, se provocó una sesión de las cámaras. Esta sesión se celebró el día 13 de marzo. El nuevo ministro de la Guerra, duque de Feltre, y Mr. de Montesquiou, ministro del Interior, representaron en ella el principal papel. El ministro de la Guerra pidió que se declarase que las guarniciones de Antibes, de La Fere y de Lille, que los mariscales Mortier y Macdonald habían merecido bien del rey y de la patria; propuso que al mismo tiempo se anunciase que los militares que prestasen servicios en aquellas circunstancias recibirían recompensas nacionales; y refirió con este motivo la tentativa del general Lefebvre-Desnoettes y de los hermanos Lallemand, que calificó de infame; afirmó que las tropas estaban animadas de excelentes disposiciones, que cumplirían su deber, que él por otra parte sería el primero en dar el ejemplo, y que si Lyon no había resistido, había sido únicamente porque la artillería había faltado. Estas explicaciones, estas esperanzas y estas promesas de adhesión se aplaudieron, porque había una extremada necesidad de creerlas. Un miembro de la cámara propuso que se colocase la Carta bajo la especial protección del ejército y de la milicia nacional, otro que se pagasen inmediatamente los atrasos de la Legión de Honor. Todas estas mociones fueron votadas casi por unanimidad. Al lenguaje algo pueril del ministro de la Guerra, el ministro del Interior hizo suceder palabras prudentes y dignas, y no habiendo podido llamar al ministerio á los jefes del partido constitucional, les dió al menos las gracias por la noble conducta que habían observado en aquella ocasión; y elogió particularmente en los mejores términos á los escritores liberales que habían olvidado sus diferencias para defender lo que era el bien común de todos, el rey y la libertad.

Habiendo parecido favorable el efecto producido por esta escena, se preparó otra más solemne. Se anunció que el rey y los príncipes irían el 16 á la cámara de los diputados para renovar en ella su alianza con la nación y ofrecer las más formales seguridades de su fidelidad á la Carta constitucional. Mr. de Montesquiou y Mr. Lainé, no pudiendo conseguir de las dudas del rey y de las deplorables tendencias de los príncipes que se echasen en brazos del partido constitucional, querían al menos que con repetidas demostraciones lograsen conciliarse la opinión pública, única fuerza que podía ser empleada útilmente contra Napoleón.

El rey pensó y redactó un discurso con el mayor esmero y le aprendió de memoria con el fin de poder pronunciarlo mejor. Comunicado este discurso al consejo, fué juzgado como una obra maestra, y era en efecto tan noble como hábil. Animado con esta aprobación, Luis XVIII salió de las Tullerías con gran pompa, ostentando el cordón de la Legión de Honor, rodeado por todos los príncipes; y pasó á través de una doble fila compuesta de guardias nacionales y de tropas de línea. En su coche llevaba al duque de Orleans y tuvo gran cuidado en hacerle ver que adornaba su pecho la placa de la Legión de Honor. «Mucho me alegraría, le dijo este príncipe, de que no fuera hoy la primera vez que os la pusieseis.» Durante el trayecto, el público en su mayor parte formado por la clase media de París, se mostró afectuoso; la milicia nacional gritaba *viva el rey!*, las tropas permanecían silenciosas. Mientras que el duque de Berry y el duque de Orleans observaban este espectáculo, el rey no hacía el menor caso de él, y se recitaba á sí mismo el discurso que debía pronunciar.

Al llegar al palacio Borbón, Luis XVIII entró en el salón de sesiones y subió las gradas del trono apoyado en Mr. de Blacas y Mr. de Duras. Los miembros de las dos cámaras se levantaron al ver al monarca y aplaudieron con todas sus fuerzas. Los más expansivos en sus manifestaciones eran los diputados que se sentaban á la izquierda. Todos querían la paz, la Carta, el rey, y deseaban probarle que si él era sincero con ellos, ellos lo serían con él. Tres y cuatro veces se levantaron, repitiendo el grito de *viva el rey!* Secundados en esta manifestación por los diputados realistas, saludaron á Luis XVIII con aclamaciones que le conmovieron profundamente y que hubieran podido hacerle creer que se hallaba fuera de peligro. Por desgracia aquel grito era sólo el de algunos ciudadanos ilustrados y verdaderos patriotas. El resto de la nación, impulsado por resentimientos de los que los Borbones eran causa involuntaria, corría á lanzarse en nuevos abismos.

El rey, después de haberse repuesto, pronunció con voz clara y muy acentuada las palabras siguientes:

«Señores:  
»En este momento de crisis en el que el enemigo público ha penetrado en una parte de mi reino, y en el que amenaza á la libertad de todo el resto, vengo á vuestro lado á estrechar más y más los lazos que al unísono conmigo constituyen la fuerza del Estado. Al dirigirme á vosotros vengo á manifestar á toda la Francia mis sentimientos y mis deseos.

»He vuelto á ver mi patria y la he reconciliado con todas las potencias extranjeras que serán, no lo dudéis, fieles á los tratados que nos han concedido la paz; he procurado la felicidad de mi pueblo; he recibido y recibo todos los días las pruebas más conmovedoras de su amor; ¿podría yo terminar mi carrera á los sesenta años de un modo mejor que muriendo por su defensa?...»

Nuevas aclamaciones resonaron. «No, exclamaban los diputados, no es á vos á quien corresponde morir, sino á nosotros por el trono y la Carta!» El rey continuó:

«Yo no temo por mí, sí temo por la Francia. El que viene á encender entre nosotros la tea de la guerra civil nos trae también el azote de la guerra con el

extranjero, vuelve á colocar á nuestra patria bajo su yugo de hierro, viene en fin á destruir la Carta constitucional, que os he otorgado, mi más honroso título á los ojos de la posteridad, la Carta que todos los franceses acarian y que yo juro aquí sostener.

»¡Reunámonos, pues, en torno de ella! ¡que sea nuestro estandarte sagrado! Los descendientes de Enrique IV serán los primeros en dar este ejemplo y todos los buenos franceses lo seguirán. Por último, señores, que el concurso de las dos cámaras preste á la autoridad la fuerza que necesita; y esta guerra, verdaderamente nacional, probará por sus felices resultados lo que puede un gran pueblo unido por el amor á su rey y á la ley fundamental del Estado.»

Apenas pronunció estas últimas palabras, el conde de Artois, levantándose y cogiendo las manos del rey con respeto, le dijo: «Permitid, señor, que en nombre de vuestra familia yo una mi voz á la vuestra para protestar de nuestra franca y cordial unión con V. M. y para juraros fidelidad á vos y á la Carta constitucional.» «Sí, sí, exclamaron el duque de Berry y el duque de Orleans, ¡lo juramos!» Al ver esta escena inesperada, las dos cámaras se levantaron para aplaudir una conformidad de sentimientos salvadora si se hubiera manifestado antes, para dar gracias á la monarquía por buscar el apoyo que necesitaba en la nación y para prometérselo por completo. Pero ¡ay! no disponían de él, y estas dos cámaras con su extrema prudencia no habían acaso resistido bastante á la monarquía para adquirir una popularidad que las permitiese defenderla y salvarla.

Luis XVIII se retiró en medio de la emoción general, muy conmovido por el éxito de su discurso y el de la sesión; triunfos que hubieran sido quince días antes de más segura utilidad mientras que entonces sólo ofrecían una utilidad dudosa.

Después de la sesión regia se había dispuesto que formara la milicia nacional para ser revistada por los príncipes, y para que á su presencia saliesen de las filas los hombres destinados á los batallones movilizados. El conde de Artois puso en juego toda su amabilidad para agradar á la clase media parisiense que se hallaba sobre las armas, pero cuando se llamó á estos hombres de buena voluntad sólo se presentaron en muy escaso número. Se habían lastimado demasiado los sentimientos de la clase media para inspirarla una adhesión ardiente, y tenía miedo de lo que se acercaba sin profesar un gran amor á lo que se iba.

Con todo se salvaron las apariencias, y los príncipes, aunque no tan bien recibidos como en la cámara de los diputados, fueron acogidos de un modo conveniente. Bajo la impresión de estas diversas manifestaciones y sobre todo de la tentativa fallida de los hermanos Lallemand se reanimaron algo las esperanzas, y se confió en la fuerza numérica y en la fidelidad de las tropas que iban á reunirse en Melún á las órdenes del duque de Berry, del mariscal Macdonald y de los generales Belliard, Maisón, Haxo, etc. Los bonapartistas, por el contrario, desconcertados con la aventura de los hermanos Lallemand, viendo en este suceso un síntoma alarmante de las disposiciones del ejército, temblaban y se escondían aterrizados sobre todo por el nombre del nuevo prefecto de policía Mr. Bourrienne.

Entretanto Napoleón, que había llegado á Auxerre

el 17, dispuso todo lo necesario en esta ciudad para continuar su marcha hacia París. Con las tropas de Grenoble, de Lyon y con las que conducía desde el Franco Condado el mariscal Ney podía reunir unos veinte mil hombres y sesenta cañones. El 14 de línea, enviado á Auxerre para combatirle, se adhirió á él al grito de *viva el emperador!*, y con esto aumentó á sus fuerzas un regimiento de infantería. En Auxerre se recibió la noticia de la formación de un ejército en Melún. Se hablaba de cuarenta mil hombres de tropas de línea, de la servidumbre militar de palacio, de los guardias nacionales, mandados por el duque de Berry y algunos mariscales, y era posible que el primer disparo tan deseado por los realistas y tan temido por Napoleón partiera al fin de París. Con efecto, debía creerse que entre los cinco ó seis mil hombres que formaban la servidumbre militar de palacio se hallarían los suficientes para producir el conflicto, y esto agravaba la situación. Napoleón apenas se alarmaba con estos rumores, y se decía que las tropas no se resistirían más delante de París que delante de Lyon y de Grenoble; que al acercarse, el gobierno perdería el tino y el rey se fugaría como habían hecho los prefectos, por lo menos todos los que habían querido guardar fidelidad. Además algunos emisarios de las cercanías de la capital afirmaban no haber hallado en el camino soldados, añadiendo que sólo en Melún habían visto reuniones de oficiales de reemplazo y muy poco dispuestos en favor del gobierno que estaban encargados de defender. Napoleón no daba gran importancia á los rumores que corrían, pero era un capitán demasiado inteligente para no hacer caso de ellos, y resolvió pasar dos ó tres días en Auxerre, á fin de concentrar allí sus fuerzas y dirigirse á París militarmente. Esperaba al mariscal Ney con el cuerpo del Franco Condado, acaso con la antigua guardia que, según se decía, se había escapado de las manos del mariscal Oudinot, y estaba seguro de poder en dos días dar á su ejército la consistencia suficiente. Para que la infantería no llegase demasiado cansada, proyectó embarcarla en Auxerre y conducirla de este modo por el Sena hasta Montereau. Lo mismo hizo con la artillería, y para este fin mandó reunir todos los barcos del Sena pagándolos en el acto. Encaminó por tierra la caballería hasta el mismo punto de Montereau, y dispuso las cosas del modo conveniente para poder penetrar el 19 en el bosque de Fontainebleau con todas sus armas reunidas.

Tomadas estas medidas con su prontitud y su precisión acostumbradas, empleó el tiempo en recibir á los alcaldes, á los subprefectos, á los jefes de las corporaciones, y en pronunciarles los discursos que repetía en todas partes. Por la tarde, hallándose á la mesa del prefecto en un círculo más reducido formado por Drouot, Bertrand, Cambonne y el prefecto, habló confidencialmente y con el lenguaje claro, expresivo y satírico que le era peculiar: «Yo he dejado decir en torno mío, manifestó, que me hallaba de acuerdo con las potencias extranjeras, y no hay tal. No estoy de acuerdo con nadie, ni tan siquiera con los que se acusa en París de conspirar en mi favor. Desde la isla de Elba he visto las faltas que se cometían y he resuelto aprovecharme de ellas. Mi empresa tiene todas las apariencias de un acto de audacia extraordinaria y no es en realidad más

que un acto de razón. No era dudoso que los soldados, los campesinos y las clases medias me acogieran con entusiasmo después de todo lo que se había hecho para lastimarlas. En Grenoble no he tenido necesidad más que de llamar á la puerta con mi caja de rapé para que se abriese. No cabe duda de que Luis XVIII es un príncipe prudente, ilustrado por la desgracia, y si él hubiera estado solo me hubiera costado infinitamente mucho más trabajo volver á Francia. Pero su familia, sus amigos destruirán todo el bien que él fuese capaz de producir. Se han creído entrar en posesión de la herencia de sus padres y que por tanto podían obrar á su antojo, y no han visto que era á mí á quien heredaban, y que mi herencia no podía ser administrada como la suya.» El prefecto le hizo observar que los Borbones se habían encerrado estrictamente en la observación de las leyes, y Napoleón le replicó que no era bastante gobernar según el texto de las leyes, siendo preciso por el contrario gobernar según su espíritu. «Se ponían en ejecución, dijo, las leyes del tiempo actual con el espíritu del tiempo pasado, y era imposible que obrando así no se sublevase á la presente generación. Esta es la única causa de mi triunfo. El año último se ha pretendido que yo había traído á los Borbones, y ellos me hacen venir este año; por consiguiente nos hallamos en paz...»

Napoleón pasó de este modo la noche hablando con su inspiración acostumbrada, haciendo la exposición más detallada de la torpeza de los Borbones, confesando también las suyas; pero afirmando que había cambiado y que no volverían á ver en él ni al dueño absoluto ni al conquistador, porque sabía corregirse, y no era como los Borbones que en veinticinco años, decía, no habían aprendido nada, ni nada olvidado...

Al día siguiente 18, llegó el mariscal Ney. Napoleón le esperaba con impaciencia, y hasta parecía admirarse de que no hubiese llegado más pronto. El mariscal, detenido por las órdenes que había tenido necesidad de dictar, se había retrasado, y por otra parte le causaba bastante embarazo acercarse al cuartel general por dos motivos: la conducta que había observado en Fontainebleau y la que acababa de observar en Lons-le-Saulnier. Su conducta en Fontainebleau, aparte de las formas que fueron extremadamente rudas, podía explicarse por la imperiosa fuerza de las circunstancias. Su último cambio, aunque podía explicarse del mismo modo, había sido tan brusco, que hasta se hallaba en gran aprieto delante de Napoleón, á pesar de haberle prestado con él un inmenso servicio. El mariscal para justificarse repitió en todas partes lo mismo que había dicho en Lons-le-Saulnier: que cedía al deseo de la Francia, la que acababa de demostrarlo unánimemente en Grenoble, en Lyon, en Macón, en Chalóns, etc.; pero que no había pensado entregarse á un hombre, y mucho menos al que había conducido los franceses á Moscov; que las circunstancias habían cambiado, necesitando entonces la Francia la paz y la libertad; que él lo creía así y que se lo diría al emperador en su primera entrevista, y que si el emperador no quería hacerle caso, se retiraría á sus posesiones para no volver á salir nunca de ellas. Tales eran los propósitos que Ney había manifestado á todo el mundo durante su camino, los que repitió al llegar al prefecto su cuñado, y los que quería

participar al mismo Napoleón. Sin embargo, á medida que se acercaba á él su atrevimiento disminuía poco á poco, y temiendo no osar ó no saber decir todo lo que pensaba, escribió una exposición de su conducta y de sus sentimientos, que comenzaba en Fontainebleau y concluía en Lons-le-Saulnier. La leyó á su cuñado, quien no encontró nada que corregir, y se dirigió á la morada de Napoleón con la exposición en la mano pocos instantes después de su llegada.

Napoleón con su profunda sagacidad había adivinado todo lo que el mariscal podía decirle, y le bastaba lo que había oído decir á diferentes personas para conocer que Ney le presentaría á un mismo tiempo excusas y reconvenções; y como quería dispensar las unas y evitar las otras, corrió á él con los brazos abiertos exclamando: «Venid á mis brazos, mi querido mariscal...» Después, cuando Ney desdoblado su papel quería leersele, no le dejó comenzar la lectura. «No tenéis necesidad de excusaros, le dijo; vuestra excusa, como la mía, son los acontecimientos, que han sido más poderosos que los hombres; pero no hablemos del pasado y no le recordemos más que para conducirnos mejor en el porvenir.» Después de estas primeras palabras, Napoleón, sin dar tiempo al mariscal para que hablase, le expuso la situación en que se hallaban y sus intenciones que nada dejaban que desear porque reconocía la necesidad que había de paz y de una libertad prudente, y estaba resuelto á conseguir la una y la otra. Declaró que aceptaba el tratado de París, que lo había indicado á Viena, que contaba con esta comunicación y con la intervención de María Luisa para evitar una nueva lucha con la Europa, y que al llegar á París reuniría en torno suyo á los hombres más ilustrados para ponerse de acuerdo con ellos respecto de los cambios que conviniese hacer en las constituciones imperiales. El mariscal no hubiera podido añadir nada á las declaraciones de Napoleón, porque respondían del modo más completo, y precisamente mejor que él hubiera podido hacerlo, á las necesidades del momento. Sin embargo, repitió á su manera lo que acababa de oír á fin de poder vanagloriarse de haberlo dicho, y Napoleón le escuchó sin disgusto, porque sus palabras no eran más que la repetición de sus mismos pensamientos precedentemente expresados. La conversación fué, pues, muy digna, muy agradable; pero con todo Ney, sin tener el delicado tacto de su interlocutor, comprendió que no había querido dejarse imponer condiciones, y Napoleón comprendió mucho mejor todavía que había querido imponérselas. Así es que en el fondo quedaron menos satisfechos el uno del otro de lo que manifestaban estarlo. Ney, al retirarse, dijo á todos los oficiales y á su cuñado que se hallaba muy contento del emperador, que se había mostrado muy afectuoso y muy razonable. Sus camaradas aplaudieron y declararon que nada más podían esperar, puesto que volvían á ver al emperador y le encontraban corregido por la experiencia. Napoleón por su parte, adivinando en los rostros y en las palabras que se escapaban, que se excusaban de la violación de sus deberes militares con la resolución altamente anunciada de ponerle un freno, fingió no apercebirse de ello y afectó hallarse también muy contento del mariscal. Sin embargo, después de pasado el primer momento de efusión, comenzó poco á poco á usar de nuevo con Ney cierta altanería

imperial, y le citó en París como si no necesitase su ayuda para entrar en la capital.

Después de tomadas sus disposiciones, y cuando ya sus tropas debían estar en Montereau, Napoleón salió de Auxerre el 19 por la mañana para ir á colocarse al frente de sus soldados. Por la noche llegó al confín de los bosques de Fontainebleau rodeado de sus fuerzas. Allí le hablaron mucho de los movimientos de las tropas que tenían lugar delante de París, pero no hizo caso y se internó en el bosque seguido por algunos jinetes. A las cuatro de la mañana del 20 de marzo penetró en el patio del palacio de Fontainebleau, en donde once meses antes (20 de abril) se había despedido de la guardia imperial. Cuando llegó, un escuadrón de caballería, desertor del ejército de Melún, se había trasladado allí para esperarle. Al entrar en aquel palacio en el que había concluido el primer imperio y en el que parecía empezar el segundo, su rostro reflejó un profundo sentimiento de satisfacción. Esta indemnización que le ofrecía la fortuna era seguramente muy brillante, y en aquel grande hombre que se había curado en la isla de Elba de todas sus ilusiones (no tardaremos en ver la prueba), la alegría enmudeció un instante á la precaución.

Sin embargo, en las Tullerías reinaba la mayor agitación. Las esperanzas que se habían abrigado no habían sido de larga duración, y mientras que el mariscal Soult necesitó tres meses para desacreditarse, sólo ocho días bastaron al ministro Clarke para perder toda la confianza depositada en él. Cuando se supo la marcha triunfal de Napoleón á través de las poblaciones de la Borgoña, y sobre todo cuando se supo la desertión del mariscal Ney, no se tardó en reconocer que era una puerilidad esperar la salvación de manos de un ministro de la Guerra, cualquiera que fuese, y se entregaron á una completa desesperación. Los realistas acérrimos no veían más recurso que el de una segunda emigración al extranjero, confiando en hallar todavía el apoyo que en todo tiempo habían encontrado. Con efecto, si las noticias de Francia eran desoladoras, las de Viena, por el contrario, eran muy suficientes para tranquilizarlos, y se sabía que el congreso reunido extraordinariamente había fulminado contra Napoleón un verdadero auto de muerte. Por desgracia era preciso ir á buscar fuera este peligroso apoyo del extranjero que podía prestar alguna fuerza material, pero quitando por esto solo toda fuerza moral.

Se debe hacer la justicia de reconocer que Mr. Lainé, Mr. de Montesquiou y todos los que habían cifrado la salvación de la causa real en la unión de la dinastía con el partido liberal, de reconocer, decimos, que no desesperaron de su política, y que hasta el último día quisieron ponerla en práctica á su cuenta y riesgo, es decir, con el riesgo de caer en las manos de Napoleón antes de haber podido conseguir la reconciliación deseada. Mr. Lainé y Mr. de Montesquiou insistieron en que el trono se confiase á los constitucionales, en que se los eligiera para ministros y en que se pusiese á Mr. de Lafayette al frente de la milicia nacional, oponiéndose de este modo á Napoleón la Carta en manos de los liberales. Los constitucionales ratificaron estas proposiciones ofreciendo sus servicios hasta el último instante, y el 19 de marzo por la mañana Mr. Benjamín Constant escribió en el *Journal des Debats* un artículo extremadamente violento contra Napoleón, declarando en favor

de los Borbones y de la Carta una preferencia formal é irrevocable.

Por entonces el consejo de ministros apenas era ya el consejo del rey, porque, como sucede siempre en los días de crisis, una multitud de personas oficiosas acudieron al lado del gobierno, forzaban sus puertas, se mezclaban en sus deliberaciones y pretendían dirigir los negocios tanto como los que eran responsables de las determinaciones que se tomasen. Estos momentos son los de la disolución del poder, porque todo el mundo manda y nadie obedece, y cuando este estado se manifiesta puede afirmarse que comienza la agonía. Los realistas de todos los matices invadieron los dos ó tres pisos de las Tullerías: se los hallaba en todas partes, agitando, hablando y declamando contra Mr. de Montesquiou y Mr. de Blacas á quienes achacaban todo el mal. El primero llegó á ser objeto de aversión desde el instante en que empezó á dar consejos de moderación, y se decía de él que era un hombre ligero, falto de mérito, inventado y lisonjeado por las mujeres, é incapaz de soportar el peso del poder. El segundo tenía á los ojos de los realistas fogosos la culpa de ser el favorito, el *factotum* del rey. Se le consideraba como la causa de la inercia de Luis XVIII y de sus irresoluciones. Lo mismo los moderados que los que carecían de moderación se quejaban de él porque no los había escuchado, le acusaban de haber levantado en cierto modo una muralla en torno del trono para impedir que llegaran á él las sanas inspiraciones; y es verdad que su fría altanería era á propósito para hacer concebir esta idea por más que en realidad se apresurase á comunicar con la mayor exactitud á Luis XVIII todo lo que sabía. Debemos añadir que en las circunstancias difíciles se achacan á los favoritos, ó á los que pasan por serlo, todos los males públicos, y se toma venganza de su favor acusándolos de todo, hasta de lo que procuran evitar.

El desencadenamiento contra estos dos personajes era extremado; pero Mr. de Montesquiou apenas se desconcertaba y persistía en sostener el sistema de concesiones, mientras que Mr. de Blacas guardaba un glacial silencio. Obstinándose los realistas exaltados en no reconocer en el gobierno otra culpa que la de su debilidad, consideraban las concesiones como un aumento de esta debilidad, que haría mayor el desprestigio del poder, sin proporcionar ninguna mejora sensible al estado de las cosas. Según su dictamen, lo único que debía hacerse era salir de París y retirarse al extranjero, donde hallarían el apoyo de la Europa, solo con el que en lo sucesivo podían contar; y se decía con una satisfacción poco disimulada, que la coalición castigaría á la nación ingrata que no habían sabido gobernar, porque no podía ser conducida más que por una mano de hierro, la de Napoleón ó la de la Europa. Además añadían que saldrían gananciosos pudiéndose desembarazar de la Carta, causa esencial, según ellos, de los nuevos reveses de que se veía amenazada la legitimidad. La falta no estaba á sus ojos en haberla observado mal, sino en haberla otorgado!

Con todo, hasta los mismos realistas exaltados estaban lejos de entenderse. Había entre ellos algunos, y Mr. de Vitrolles el primero, á quienes repugnaba con extremo tener que recurrir al extranjero. Habían comprendido no hacía mucho la importunidad de su influencia, puesto